

CAPÍTULO II

(Cry, pain and fight)

Sufrimiento, Dolor y Lucha



Envuelto en el abrazo de Tarumã, Suru entró en un profundo sueño y fue transportado al pasado. Vio a hombres blancos vestidos en trajes extraños que les llegaban hasta los pies. Tenían Biblias en sus manos y estaban de pie al lado de una gran cruz muy grande.

En medio del bosque, esos hombres le hablaban a la gente con actitud autoritaria, a veces en latín. Algunas personas parecían curiosas, mientras que otras le



prestaban atención a quienes decían ser portadores de la verdad. Aunque algo llamó la atención de Suru, había más indígenas que blancos.

“¿Reconoces a esos hombres?”, preguntó Tarumã, señalando a los que no eran indígenas: *“Son los jesuitas. Durante más de 300 años, la Misión Jesuita reunió a diferentes grupos de indígenas, entre ellos el Pueblo Chiquitano. Pero esto tuvo un gran costo: la religión católica y la cultura de los hombres blancos fueron impuestas para debilitarlos. Intentaron silenciarlos a todos, extinguir su cultura y su cosmovisión por medio de la violencia física y espiritual”*.

De repente, apareció una nueva imagen. Había un espacio en medio del bosque donde algunos miembros del Pueblo Chiquitano estaban sentados en el suelo. Mientras tanto, un jesuita hablaba y señalaba una estatua de un santo católico, sosteniendo una Biblia abierta. Tarumã explicó que el discurso tenía como objetivo enseñar a los adultos y niños nativos a leer la Biblia y a venerar a los santos católicos y al catecismo.

Entonces, Suru vio cómo un indígena era arrojado a los pies de una cruz. El hombre estaba herido y solo. Seguía vivo, pero débil. Aún conservaba la pintura corporal y la ropa tradicionales.



“Él es como yo”, dijo Suru, apretando sus propias manos con la misma fuerza con la que se le apretaba el corazón. Recordó con tristeza las historias que los ancianos le contaban sobre el sufrimiento que ha vivido el Pueblo Chikuitano, cuando con firmeza resistieron a los hombres blancos que marcaban no solo sus cuerpos sino también el ambiente. Mientras más invadían las tierras, menos bosque había.



“Los ancianos de la aldea cuentan historias acerca de esto. Dicen que el sufrimiento del Pueblo Chikuitano aumentó con el tiempo y la destrucción de la naturaleza”.

“Tienes razón, Suru”, dijo Tarumã. *“La devastación ambiental se intensificó cuando los hombres blancos invadieron las tierras. Recuerdo que hicieron una cierta ley de tierras, llamada la Ley de Tierras. Esta ley permitió que más extranjeros ocuparan las tierras del Pueblo Chikuitano que estaban ubicadas en la frontera entre Brasil y Bolivia construyendo grandes haciendas alrededor de plantaciones, las fazendas. Los propietarios explo-*

taban el trabajo de los indígenas mediante servicios forzados. Esta situación solo empeoró”.

La angustia se apoderó de cada pedazo del cuerpo de Suru. Lo que estaba viendo era aterrador. Seguramente era causado por la guerra. El Pueblo Chiquitano luchaba contra los extranjeros. Los pueblos ardían en llamas. Había cadáveres por todas partes y el suelo se tiñó de rojo debido a la sangre derramada. El Pueblo Chiquitano resistía, pero el dolor nunca sería olvidado.

Ahora la imagen mostraba árboles caídos, animales huyendo y personas perdiendo sus chozas e incluso sus vidas. Hombres blancos obligaban a algunos indígenas, adultos y niños, a trabajar en sus fincas. A los que intentaban escapar los disparaban. Si no fuera porque Tarumã lo estaba sosteniendo, tal vez Suru se habría desmayado.



“¿Cómo podría empeorar todo esto?”, preguntó Suru mientras sus lágrimas se derramaban y corrían por las aguas. Ta-

rumã pensó que era más seguro llevar a Suru a un lugar tranquilo, regresar al lugar donde estaban antes.

Al final, ella no opacaría las esperanzas del niño. Una vez ya regresaron a ese lugar tranquilo, Tarumã habló nuevamente: “Te estoy llevando de regreso a 1970, cuando se fundó el Instituto de Colonización y Reforma Agraria (INCRA) en Brasil y comenzó la reforma agraria”.

“¿Cómo afectó esta reforma agraria al Pueblo Chikuitano?”

“Con la Reforma, el Estado brasileño pasó a registrar los títulos de propiedad de las tierras de los terratenientes como si fueran los verdaderos dueños, sin tener en cuenta la tenencia tradicional de los indígenas. Esto cambió la estructura y las características tradicionales de las aldeas, separó a las familias y redujo el territorio indígena. También aumentó la presión sobre la cultura y la cosmovisión del Pueblo Chikuitano. Lugares sagrados e importantes están en posesión de estos fazendeiros”.

“¡Pero nosotros, los chikuitanos, somos fuertes y resistimos!”, gritó Suru sin miedo.

“Sí, ustedes resistieron”, explicó Tarumã. “Pero su pueblo disminuyó en población debido al proceso de opresión perpetrado por los grandes terratenientes locales y el poder público local. Muchos de ustedes han llegado a negar su origen indígena”.

“Cierto, el hermano de mi abuela hizo eso para conseguir un trabajo. Mi abuela dijo que cuando sucedió eso la familia estaba sufriendo, estaban hambrientos y mi bisabuela estaba muy hermana. No había dinero para comprar comida o medicina”

“Los fazendeiros que robaron las tierras del Pueblo Chikuitano y lo condenaron a la miseria se aprovecharon de su desgracia. Sólo ofrecían trabajo a quienes se autodeclaraban no indíge-

nas y hablaran solo el idioma portugués. El salario era bajo y la jornada de trabajo era intensa.”

“Mi abuela decía que su madre, mi bisabuela, estaba muy orgullosa de sus orígenes indígenas y murió poco después de que su hijo se fuera a trabajar a una finca. Mi abuela decía que murió de pena.”

“Sí, así es. No sólo el hermano de tu abuela negó su descendencia del Pueblo Chiquitano. Lamentablemente, esta opresión continuó sin ninguna intervención del poder público. Hasta los años 90, muchos de nosotros vivíamos en aldeas sin reconocer nuestro origen chiquitano. Aunque no todos se autodefinían como indígenas, seguían observando los rituales de la comunidad.”

“¿Como el Kurusé?”, preguntó Suru.

“Sí, exactamente. Qué ceremonia más bella”, dijo Tarumã mientras agitaba sus aguas para mostrarle la alegre fiesta como recompensa por tanto sufrimiento, y demostrar que no todo estaba perdido. A pesar de toda la opresión, era momento de demostrar que la cultura del Pueblo Chiquitano resistía todas las adversidades.

“¡Oye, espera! Recuerdo Kurusé. Participé en él el año pasado”, dijo Suru mientras recordaba con alegría. *“Me divertí mucho. Mi madre dijo que este año va a ser aún mejor. No puedo entender cómo un chiquitano puede negar nuestra cultura. Es tan rica y hermosa. Estoy tan orgulloso de ser chiquitano y se lo digo a todo el que quiera escuchar”.*

“Ahora, mi querido”, dijo Tarumã mientras se llevaba la mano a la boca mientras reía, esta vez un poco más fuerte. *“Tienes razón en estar orgulloso de tu cultura y de la fuerza de tu Pueblo”.*

LA HISTORIA DEL PUEBLO CHIQUITANO
NARRADA POR EL RÍO TARUMÃ:



“¿Claro! Pero Tarumã, ¿ crees que eso sea posible? Quiero decir, la gente se está yendo y pretendiendo ser como los blancos”.

Tarumã se quedó en silencio por un momento considerando la pregunta del niño.

“Podemos decir que desde el año 2000 estamos viviendo una transformación, ya que el Pueblo Chiquitano está siendo ‘redescubierto’ por el gobierno brasileño”.

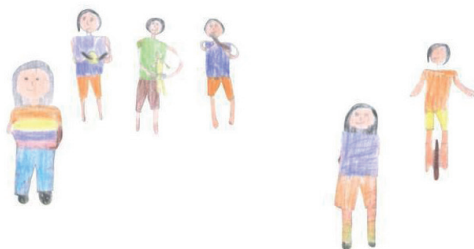
“¿‘Redescubierto’, ¿a qué te refieres? Hemos estado aquí durante muchos años, ¿no?”

“Lo que sucedió fue que necesitaban construir un conducto de gas internacional entre Bolivia y Brasil, por lo que tuvieron que hacer un estudio de la región. Entonces, al realizar este estudio de impacto ambiental, se dieron cuenta de que había un grupo indígena viviendo en esa región. A partir de ese momento, muchas personas se identificaron como Pueblo Chiquitano”.

“¿Los habitantes de esa región los respetaban?”

La conversación estaba entrando en un tema delicado, difícil de tratar. Suru intuyó que se avecinaban cosas malas.

“Lamentablemente no”, dijo Tarumã. “Las personas que se habían declarado como Chiquitano tuvieron problemas. Fueron amenazadas por los fazendeiros. Los Chiquitanos de Vila Nova Barbecho, por ejemplo, no podían ir de compras a la aldea cercana porque tenían sufrir violencia o incluso ser asesinados”.



“Al parecer, identificarse como Chiquitano es un acto de valentía”.

“Es cierto. El coraje es y siempre será un elemento importante del pueblo chiquitano”.

Suru se preguntó qué tan difícil podría haber sido esto para niños como él.



“Eso fue hace poco tiempo, ¿verdad? ¿Cómo trataban a otros niños chikuitanos?”

“En aquella época no había escuelas en las aldeas, así que los niños tenían que dejar su pueblo natal para estudiar en otros lugares donde las cosmovisiones del Pueblo Chikuitano no eran consideradas científicas y, por lo tanto, no formaban parte del currículo escolar. En esas escuelas, los niños chikuitanos sufrían prejuicios, los llamaban con apodos (“bicho” e “indio”: en particular, la palabra “indio” se considera algo malo y humillante). Fue entonces que el Pueblo Chikuitano, junto con la Secretaría Municipal de Educación de Mato Grosso, comenzó a luchar para abrir escuelas en las aldeas para que se respetara su cultura”.

“Si no fuera por eso, no tendría una escuela para estudiar hoy en día, ¿verdad?”.

“Tal vez sí la tendrías. Pero estaría en otra ciudad, fuera de la aldea, sin nadie que pueda enseñarte cosas sobre tu aldea o tu cultura”, explicó Tarumã.

“¡Ah, qué bueno! Me alegro de que se haya podido solucionar eso. Me gusta mi escuela. Mis padres siempre me dicen que la educación es muy importante para mi futuro”.

“Sí, claro. Pero la enseñanza debe respetar tu cultura. Lamentablemente, ahora nos encontramos en la situación opuesta de violencia y opresión cultural”.

“Tienes razón. Aprendí que la violencia no conduce a nada bueno”, dijo Suru.

“Sí, lamentablemente no todas las personas respetan a los demás ni a la naturaleza. Las violaciones de los derechos humanos son constantes a través de la violencia explícita y tácita”.

“Todos en mi pueblo sabemos que tenemos que respetar a los demás y a la naturaleza. Dependemos de ella y no habrá más Chiquitanos si el ambiente no está sano y protegido. Pero los terratenientes no ayudan, ¿verdad?”



“Lamentablemente, estoy de acuerdo contigo, no lo hacen. En realidad, ¿sabías que ellos contaminan las aguas, el suelo y el aire?”

“¿En serio?”, gritó Suru en estado de shock.

“Sí”, dijo Tarumã. “Contaminan todo con productos agrotóxicos que afectan la salud de las personas en general, y en particular las mujeres embarazadas que entran en contacto con esas sustancias terminan teniendo muchos problemas de salud”.

“No puedo entender por qué... ¿Por qué no pueden ver que están haciendo daño a las personas y en especial a ti? ¿Es tan obvio que no pueden verlo? ¿Cómo es posible que no vean? Parece que esta situación afecta solo a los habitantes de la aldea, pero si continúa así, afectará al mundo entero. ¡No entiendo en qué está pensando esta gente!”

Tarumã se sorprendió al ver que Suru, que era apenas un niño, era capaz de darse cuenta de todas las consecuencias de las acciones humanas.

“Exactamente. Debo admitir que a mí también me resulta difícil comprenderlo. No puedo ayudarte. Tampoco entendía

cómo algo que yo creía fácil y lógico podía ignorarse de esa manera”, dijo Tarumä.

Suru, sin poder entender cómo podía suceder eso, preguntó: “¿Por qué el gobierno no ayuda? Mi padre dice que tienen el deber de ayudarnos”.

“Sí. No podemos olvidar que el Estado brasileño tiene sus defectos”.

“¿Cómo?”

“La legislación brasileña garantiza los derechos de los indígenas como los derechos del Pueblo Chikuitano. Me refiero a la Constitución de la República Federativa de Brasil de 1988, a las leyes brasileñas y a los Acuerdos Internacionales de los que Brasil hace parte”.

“Esto parece muy complicado y difícil de entender”.

“Lo es. Por eso, como dije, no necesitas saberlo todo, pero hay algunas cosas que debes recordar y que no puedo dejar que te las explique. Así que, por favor, Suru, ten paciencia”, dijo Tarumä.

